



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XIV
Nº 12
19.01.20

Domingo de la 2ª semana del Tiempo Ordinario

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 1, 29-34).

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

«Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: *“Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”*. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel».

Y Juan dio testimonio diciendo: *«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el bautiza con Espíritu Santo”*.

«Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 49, 3. 5-6).
Salmo	Salmo 39 (Sal 39, 2 y 4ab. 7-8ª. Sb-9. 10).
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1 Cor 1, 1-3).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

¡Cristo vive!

Exhort. Apostólica «*Christus vivit*» del Santo Padre FRANCISCO (10)



JÓVENES SANTOS

El corazón de la Iglesia también está lleno de jóvenes santos, que entregaron su vida por Cristo, muchos de ellos hasta el martirio. El Sínodo destacó que muchos jóvenes en su época fueron verdaderos profetas de cambio; su ejemplo muestra de qué son capaces los jóvenes cuando se abren al encuentro con Cristo.

A través de la santidad de los jóvenes la Iglesia puede renovar su ardor espiritual. El bálsamo de la santidad generada por la vida buena de tantos jóvenes puede curar las heridas de la Iglesia y del mundo, devolviéndonos a aquella plenitud del amor al que desde siempre hemos sido llamados: Hay santos que no conocieron la vida adulta, y nos dejaron el testimonio de otra forma de vivir la juventud. Recordemos al menos a algunos de ellos, de distintos momentos de la historia, que vivieron la santidad cada uno a su modo.

En el siglo III, san Sebastián era un joven capitán de la guardia pretoriana. Cuentan que hablaba de Cristo por todas partes y trataba de convertir a sus compañeros, hasta que le ordenaron renunciar a su fe. Como no aceptó, lanzaron sobre él una lluvia de flechas, pero sobrevivió y siguió anunciando a Cristo sin miedo. Finalmente lo azotaron hasta matarlo.

San Francisco de Asís, siendo muy joven y lleno de sueños, escuchó la llamada de Jesús a ser pobre como Él y a restaurar la Iglesia con su testimonio. Renunció a todo con alegría y es el santo de la fraternidad universal, el hermano de todos, que alababa al Señor por sus creaturas. Murió en 1226.

Santa Juana de Arco nació en 1412. Era una joven campesina que, a pesar de su corta edad, luchó para defender a Francia de los invasores. Incomprendida por su aspecto y por su forma de vivir la fe, murió en la hoguera.

El beato Andrés Phû Yên era un joven vietnamita del siglo XVII. Era catequista y ayudaba a los misioneros. Fue hecho prisionero por su fe, y debido a que no quiso renunciar a ella fue asesinado. Murió diciendo: “Jesús”.

Siguen más ejemplos en el próximo número

Encuentro con Jesús

San Juan (1,29-34):

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “*Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo*”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel. Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».



Se ha perdido la conciencia de pecado. Pero no somos inocentes: el pecado, es decir, el egoísmo que olvida a los demás, la injusticia, la explotación, la marginación de un largo veinte por ciento de pobres del bienestar.

Para recuperar el sentido del pecado hay que empezar por recuperar la conciencia de seres humanos, la conciencia de la igualdad de todos al nacer, la conciencia de la responsabilidad humana y de la solidaridad entre los hombres.

Ser Cristiano hoy

El Papa Francisco sobre el «Padre Nuestro» (9b/16)

«¡¡¡Sí, sí; vengo, y vengo pronto!!!»

9ª Catequesis (b) del papa Francisco sobre el «Padre Nuestro», impartida en la audiencia General del día 6 de marzo de 2019 (extractos del texto original).

A veces nos preguntamos: ¿por qué este Reino se instaura tan lentamente? A Jesús le gusta hablar de su victoria con el lenguaje de las parábolas: un campo donde el trigo bueno y la cizaña crecen juntos. Nuestro peor error sería extirpar de inmediato del mundo lo que nos parece ‘malas hierbas’; sin embargo, Dios tiene paciencia. El Reino de Dios no se instaura en el mundo con violencia: su estilo de propagación es la mansedumbre.



El Reino de Dios es ciertamente una gran fuerza, pero no según los criterios del mundo. Es como la levadura que se amasa con la harina: parece desaparecer, pero es lo que fermenta la masa. O como el grano de mostaza, tan pequeño, casi invisible, pero lleva dentro la fuerza explosiva de la naturaleza, y una vez que crece, se convierte en el más grande de todos los árboles del jardín.

En este «destino» del Reino de Dios podemos intuir la trama de la vida de Jesús: Él mismo se definió como un «grano de trigo» que muere en la tierra, pero solo de esta manera puede dar «mucho fruto». El símbolo de la semilla es elocuente: un día el campesino la hunde en la tierra, y luego, ‘duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él mismo sepa cómo’.

«¡Venga a nosotros tu Reino!». Sembremos esta palabra en medio de nuestros pecados y fracasos. Regalémosla a las personas que están derrotadas y dobladas por la vida; a los que han luchado por la justicia: escucharemos entonces cómo responde la oración del «Padre Nuestro». Repetirá por enésima vez esas palabras de esperanza, las mismas que el Espíritu ha puesto como sello de todas las Sagradas Escrituras: “¡Sí, vengo pronto!” Y la Iglesia del Señor responde: “Ven, Señor Jesús”.

“Venga a nosotros tu Reino” es como decir “Ven, Señor Jesús”. Y Jesús dice: “Vengo pronto”. Y Jesús viene, a su manera, pero todos los días. Al rezar el «Padre Nuestro» digamos siempre: «¡Venga a nosotros tu Reino!», para sentir y oír en nuestro corazón: «¡¡¡Sí, sí; vengo, y vengo pronto!!!».